

Líneas centrales de una pneumatología de América Latina y el Caribe

Víctor Codina, S. J.

Profesor emérito

Universidad Católica Boliviana de Cochabamba

Antes de intentar establecer las líneas centrales para una pneumatología latinoamericana y caribeña, hemos de situar esta problemática en el contexto histórico de la teología latina occidental.

1. Aproximación histórica

La pneumatología es todavía hoy una asignatura pendiente en la Iglesia latina. En la gran mayoría de centros teológicos no existe la materia de pneumatología como tratado específico, aunque se hable del Espíritu, en el tratado de la Trinidad, y se enseñe teología espiritual. En realidad, el esquema dominante parece ser el de Dios-Cristo-Iglesia.

La Iglesia oriental acusa a la Iglesia latina de cristomonismo¹, es decir, de centrarse de forma unilateral y casi exclusiva en el misterio de Cristo, olvidando la dimensión del Espíritu o relegándolo a un apéndice final. Este eclipse del Espíritu en la Iglesia occidental, sobre todo a partir del segundo milenio, ha sido ya ampliamente estudiado y aunque posiblemente esta afirmación tenga algo de exageración, pone el dedo en una llaga real².

Ciertamente, el Vaticano II intentó corregir esta unilateralidad teológica, pero aun después del concilio, en 1973, Pablo VI afirmó que “A la cristología y

-
1. N. Nissiotis, “Pneumatologie orthodoxe”, en *Le Saint Esprit*, pp. 85-106 (Genève, 1963).
 2. Y. M. Congar, *El Espíritu Santo*, p. 188 (Barcelona, 1983); M. C. Luccheti de Bingemer, “El amor escondido. Notas sobre la kénosis del Espíritu en Occidente”, *Concilium* 342, 2011, 61-76; V. Codina, *Creo en el Espíritu Santo*, pp. 42-50 (Santander, 1994).

especialmente a la eclesiología del Concilio debe suceder un estudio nuevo y un culto nuevo sobre el Espíritu Santo”³.

Este olvido del Espíritu en la Iglesia latina ha tenido a lo largo de la historia consecuencias negativas, tanto teológicas como pastorales que, en gran parte, aún perduran y contra las cuales reacciona el papa Francisco, como luego veremos. Se ha acentuado más lo doctrinal, lo moral y lo ritual que la vivencia y la experiencia cristiana espiritual y la mistagogía; se ha dado una inflación de lo jurídico, lo institucional y lo estructural de la Iglesia, con menoscabo de lo comunitario, lo carismático y lo místico; hay una pérdida de lo simbólico y poético, de lo cordial y afectivo, de lo gratuito y festivo, frente al predominio de la razón ilustrada e instrumental; existe una fuerte acentuación del magisterio eclesiástico frente al sentido de la fe e incluso la infalibilidad de la fe de los fieles (*LG 12*); el centralismo universalista romano domina sobre la legítima autonomía de las iglesias locales, a pesar de la doctrina conciliar sobre la colegialidad (*LG 22-23*).

Aun cuando después del Vaticano II, la Iglesia se ha abierto a la presencia del Espíritu en las culturas y las religiones (*AN*), en muchos sectores eclesiales prevalece una postura apologética y proselitista de la misión. A pesar de la doctrina conciliar sobre los signos de los tiempos (*GS 4, 11, 44*), en muchos sectores todavía prevalece la arrogancia y la cerrazón eclesial frente al mundo secular y sus avances modernos, como si la Iglesia tuviese la exclusiva del Espíritu. El divorcio entre teología y espiritualidad se traduce en una teología excesivamente racionalista y en una espiritualidad devota, pero poco sólida. No obstante la doctrina conciliar sobre la Iglesia como pueblo de Dios (*LG II*), en muchos lugares persiste la separación entre el clero y los fieles y se mantiene el dualismo entre historia sagrada e historia profana, y se identifica a la Iglesia con el reino. Y aunque la ayuda a los pobres nunca ha estado ausente en la Iglesia, no parece que haya una conexión teológica directa y explícita entre el Espíritu y los pobres.

Diferentes motivos pueden explicar este olvido del Espíritu, pero quizás la razón última sea una apropiación ideológica del mismo por parte de la institución eclesiástica. Así, en la práctica, la presencia del Espíritu en los fieles quedaba casi reducida a la experiencia mística de unas pocas personas.

El teólogo oriental Paul Evdokimov ha expresado bien las consecuencias de esta ausencia del Espíritu en la Iglesia occidental:

La ausencia de la economía de Espíritu Santo en la teología de los últimos siglos, como también su cristomonismo, determina que la libertad profética, la divinización de la humanidad, la dignidad adulta y regia del laicado y

3. Audiencia general del 6 de junio de 1973. *Ecclesia*, 6 de junio de 1973, 5.

el nacimiento de la nueva criatura queden sustituidos por la institución jerárquica de la Iglesia⁴.

Este olvido del Espíritu por la teología occidental ha suscitado como reacción algunos sucedáneos. Y. M. Congar enumera tres sustitutos del Espíritu, desarrollados en la Iglesia latina: la devoción a María, a la eucaristía y al papa⁵.

También en la teología de la liberación latinoamericana y caribeña de las décadas de 1970-1990, la pneumatología es una realidad incipiente, tal como lo señalan J. Comblin⁶ y J. B. Libanio⁷. La teología de América Latina y el Caribe ha desarrollado la cristología, la eclesiología, la espiritualidad, la moral, la escatología e incluso la teología trinitaria⁸, pero la pneumatología ha estado poco presente. Su ausencia ha tenido consecuencias negativas en la teología y en la praxis liberadora, que de esa manera han corrido el peligro de caer en el milenarismo, el voluntarismo, el paternalismo, la asfixia espiritual, el desánimo, el cansancio, la falta de esperanza y la crisis personal⁹.

No obstante, desde 1990 hasta ahora se han producido ciertos cambios en la teología latinoamericana y caribeña. En efecto, esta se ha abierto a nuevos temas, como el género, los indígenas y los afroamericanos, la teología indígena (Eleazar López), las culturas, el diálogo interreligioso y la ecología. Además, se observa una mayor presencia de teólogos: Elsa Tamez, María Clara de Bingemer, Ivone Gebara, Luzia Weiler, Antonieta Potente, Adriana Curaqueo, María José Caram, Bernardeth Caero, Consuelo Vélez, Virginia Azcuy, Socorro Martínez, Ana María Tepidinho, Georgina Zubiría, Maricarmen Bracamonte, Marilú Rojas, Martha Zechmeister, Geraldine Céspedes, Margot Bremer, Vicenta Mamani, Bárbara Buckner, Clara María Temporelli, Teresa Rosaza, Teresa Porcile (†), Martha Orsini (†)...

4. P. Evdokimov, *La connaissance de Dieu selon la tradition orientale*, p. 146 (París, 1967).

5. Y. Congar, *El Espíritu Santo*, *op. cit.*, pp. 188-194.

6. J. Comblin, "Espíritu Santo", en I. Ellacuría y J. Sobrino, *Mysterium liberationis I*, p. 690 (Madrid, 1990).

7. J. B. Libanio, "Panorama de la teología de América Latina en los últimos 20 años", en J. Comblin, J. I. González Faus y J. Sobrino, *Cambio social y pensamiento cristiano en América Latina*, pp. 62-64 (Madrid, 1993).

8. Una prueba de ello son los dos volúmenes de la obra conjunta editada por I. Ellacuría y J. Sobrino, *Mysterium liberationis* (Madrid, 1999).

9. C. Cabarrús, *Cuadernos de bitácora, para acompañar caminantes*, 21 (Bilbao, 3ª ed., 2001).

Asimismo, cabe destacar el repunte de la pneumatología: J. Comblin¹⁰, L. Boff¹¹, María Clara de Bingemer¹², María José Caram¹³, Diego Irarrázaval¹⁴... Esta pista es la que queremos ahora profundizar¹⁵.

2. Nuevo punto de partida: la experiencia espiritual

Comenzaremos distinguiendo la experiencia espiritual de la reflexión teológica sobre ella, la llamada pneumatología. En las décadas de 1970, 1980 y 1990, en América Latina y el Caribe acontece una experiencia espiritual muy fuerte, una verdadera irrupción del Espíritu del Señor, aunque hasta ahora no haya sido suficientemente tematizada. La experiencia no es solo un *kairós* latinoamericano y caribeño, sino que también es un momento estelar de la historia de la humanidad y de la Iglesia. Es una recepción creativa y original del Vaticano II por parte de América Latina y el Caribe.

El pueblo latinoamericano y caribeño, sometido durante siglos a la esclavitud, a la pasividad y al silencio servil, recobra ahora la palabra, experimenta la libertad y el sentido comunitario, y se lanza a luchar por su dignidad y por su liberación, en una dolorosa gestación de una nueva civilización. Así lo afirma Medellín con claridad, que ve en ello el paso del Espíritu.

No podemos dejar de interpretar este gigantesco esfuerzo por una transformación y desarrollo como un evidente signo del Espíritu que conduce la historia de los hombres y de los pueblos hacia su vocación¹⁶. Y Puebla lo confirma:

El Espíritu que llenó el orbe de la tierra abarcó también lo que había de bueno en las culturas precolombinas; él mismo les ayudó a recibir el evangelio; él sigue hoy suscitando anhelos de salvación liberadora en nuestros pueblos. Se hace, por tanto, necesario descubrir su presencia auténtica en la historia de nuestro continente¹⁷.

10. J. Comblin, *O tempo da ação. Ensaio sobre o Espírito e a história* (Petrópolis, 1982); *El Espíritu Santo y la liberación* (Madrid, 1987); *O Espírito Santo e a Tradição de Jesús*, obra póstuma (São Bernardo do Campo, 2012).

11. L. Boff, *O Espírito Santo* (Petrópolis, 2013).

12. M. C. de Bingemer, "El amor escondido", *op. cit.*, pp. 63-76.

13. M. J. Caram, *El Espíritu en el mundo andino* (Cochabamba, 2012).

14. D. Irarrázaval, "Comprensión vivencial del Espíritu en Sudamérica", *Concilium* 342, 2011, 137-147.

15. V. Codina, *Creo en el Espíritu Santo, op. cit.*; *No extingáis el Espíritu* (Santander, 2008); *El Espíritu del Señor actúa desde abajo* (Santander, 2015). Este último texto es la base de este artículo y en él se encuentran ulteriores fundamentaciones y bibliografía.

16. Medellín, 4.

17. Puebla, 201.

Enumeremos algunos de los datos significativos de esta irrupción del Espíritu. El primero, el descubrimiento de dicha irrupción por una serie de obispos, en muchos aspectos comparables a los santos padres de la Iglesia primitiva. Esta proliferación de obispos postconciliares es más sorprendente porque contrasta con la postura un tanto pasiva y tímida de los episcopados latinoamericanos en el Vaticano II, la llamada mayoría silenciosa, fuera de algunas voces excepcionales, como las de Hélder Câmara y Manuel Larraín.

Algunos de estos obispos notables del postconcilio fueron Leónidas Proaño de Ecuador, Ramón Bogarín de Paraguay, Sergio Méndez Arceo y Samuel Ruiz de México, José Dammert y Juan Landázuri de Perú, Enrique Alvear y Raúl Silva Henríquez de Chile, Jorge Novak y Jaime Nevares de Argentina, y los obispos mártires Enrique Angelleli también de Argentina, Óscar Romero de El Salvador y Juan Gerardi de Guatemala. Seguramente, se pueden añadir a esta lista otros obispos posteriores, como Jorge Manrique y Manuel Eguiguren de Bolivia y Joaquín Piña de Argentina, para no citar a algunos que todavía viven, como Pedro Casaldáliga.

Estos obispos surgieron en un momento histórico de grandes cambios sociales y políticos. Todos ellos se caracterizaron por anunciar el evangelio, en plena comunión con la tradición de la Iglesia, pero respondiendo a los desafíos de un pueblo pobre y explotado. No lucharon contra las herejías, ni contra el marxismo, sino que lucharon contra la injusticia y a favor de la dignidad de la persona humana y de los derechos humanos, denunciando las situaciones de pecado estructural. No defendían la violencia, eran pacíficos en su lucha por la liberación. Su vida era ejemplar y santa, eran sencillos y pobres, cercanos al pueblo, auténticos seguidores de Jesús, hombres de una fe profunda y de oración, que aceptaron la cruz. Muchas veces fueron incomprendidos, calumniados y marginados, a veces por sus mismos hermanos en el episcopado y lo que fue más doloroso para ellos, incluso por Roma. Fueron tildados de ser políticos, de ser marxistas, de provocar desorden y división en sus diócesis, de apartarse del evangelio. Sufrieron persecuciones y algunos de ellos el martirio.

No eran teólogos ni sociólogos, sino que eran pastores cercanos al pueblo, que con su vida y su predicación hicieron creíble la fe, incluso fuera de América Latina. Como dijo el obispo poeta Pedro Casaldáliga de Óscar Romero, los pobres les enseñaron a leer el evangelio... Son, en expresión de J. Comblin, “los Santos Padres de la Iglesia de los pobres”.

Añadamos a lo anterior la memoria de muchos sacerdotes que, animados por el ejemplo de sus pastores, llevaron una vida de acercamiento al pueblo y de compromiso con sus justas luchas. Por eso, muchos de ellos sufrieron los efectos de la represión y del martirio.

Otro signo del Espíritu es el surgimiento de las comunidades eclesiales de base (CEB), que no nacieron como fruto de una planificación pastoral, elaborada desde un despacho de la Iglesia institucional, sino de su base, como consecuencia de la misma pobreza social y eclesial del pueblo de Dios.

La falta de ministros de eucaristía hizo que el pueblo se organizase para escuchar la Palabra y celebrar su fe en comunidad. Son “comunidades”, es decir, grupos de personas con el deseo de mantener una relación fraterna y solidaria; son “eclesiales”, es decir, comunidades cristianas que forman parte de la Iglesia, reunidas por la Palabra y la fe en Jesús el Señor; son de “base”, de la base social y eclesial. Constituyen lo que se llama la primera eclesialidad, es decir, la comunidad de bautizados anterior a cualquier otra distinción por razón de los ministerios o carismas, que constituyen la segunda eclesialidad.

Son una nueva forma de ser Iglesia. En palabras de Medellín, son “célula inicial de estructuración eclesial, y foco de la evangelización, y actualmente factor primordial de promoción humana y desarrollo”¹⁸. Y según Puebla: “Las Comunidades Eclesiales de Base son expresión del amor preferencial de la Iglesia por el pueblo sencillo; en ellas se expresa, valora y purifica su religiosidad y se le da posibilidad concreta de participación en la tarea eclesial y en el compromiso de transformar el mundo”¹⁹.

Estas comunidades, que crecieron sobre todo en Brasil, con la ayuda de Carlos Mesters y de José Marins, se extendieron por toda América Latina y el Caribe, en barrios marginales, sectores populares, grupos de mineros y de indígenas. Muchas veces han sido lideradas por mujeres con gran sabiduría cristiana y sentido popular.

Leonardo Boff, en su libro *Eclesiogénesis*, describe las líneas teológicas de este nuevo modelo eclesial²⁰: una Iglesia pueblo de Dios, de los pobres, los débiles y los explotados, una Iglesia de seglares con el poder de la *koininía*, toda ella ministerial, liberadora y de diáspora, que sacramentaliza las liberaciones concretas, que prolonga la gran tradición, en comunión con la gran Iglesia, Iglesia que construye su unidad a partir de la misión liberadora, Iglesia con una nueva concreción de catolicidad, toda ella apostólica, realizadora de un nuevo modelo de santidad.

A su vez, Ronaldo Muñoz, teólogo que vivió siempre en medio del pueblo y de las comunidades eclesiales de base, describe algunas características de la experiencia espiritual de Dios y de la Iglesia que surge de dichas comunidades:

18. Medellín, Pastoral de conjunto, 10.

19. Puebla, 643.

20. L. Boff, *Eclesiogénesis. Las comunidades de base reinventan la Iglesia*, pp. 51-73 (Santander, 1980).

se descubre el rostro de una Iglesia samaritana, de una Iglesia hogar, de una Iglesia santuario, de una Iglesia misionera, de una Iglesia profética. Todas estas dimensiones se dan conjuntamente como en una circularidad eclesial²¹.

Más recientemente, Socorro Martínez señala que las comunidades eclesiales de base son un nuevo modelo de Iglesia, una comunidad fraterna, donde los pobres tienen un lugar privilegiado, una comunidad misericordiosa, liberadora y profética, que discierne, una comunidad misionera en fidelidad a la Iglesia institucional, orante y celebradora, en la alegría del Espíritu²². De este modo, las comunidades constituyen una realización parcial, pero verdadera de la Iglesia de los pobres.

Uno de los fenómenos más típicos de esta época es el despertar del pueblo, tanto en lo social como en lo eclesial, sobre todo, la irrupción de los pobres en la sociedad y en la Iglesia. Así, se pasa de una situación generalizada de pasividad y resignación a otra de toma de conciencia de los desafíos sociales y eclesiales.

A nivel social y político, sectores populares, pero también sectores universitarios y profesionales, despiertan y abren los ojos ante situaciones de injusticia inveterada, ante dictaduras militares, ante la opresión y la marginación sufridas por el pueblo. De ahí surgen movimientos sindicales, obreros, universitarios y políticos contra la injusticia reinante. Huelgas, manifestaciones, protestas, participación en la guerrilla... jalonan esta época. Naturalmente, la política de la seguridad nacional reprime y aplasta brutalmente a estos movimientos. Esta es una de las causas del martirio.

Ahora bien, estos laicos comprometidos, con raíces y motivaciones cristianas, por lo general no encuentran un fundamento que anime y alimente su fe en la piedad tradicional. Esto motivara a que muchos pastores y teólogos se lancen a la búsqueda de una nueva formulación de la fe, más acorde con esta situación de lucha contra la injusticia. La teología de la liberación buscará responder a esta situación pastoral concreta.

También a nivel eclesial hay un despertar del pueblo. Surgen catequistas, animadores pastorales y delegados de la Palabra, conscientes de que la Iglesia no es simplemente la jerarquía y de que todos los bautizados hemos de comprometernos en la defensa y la propagación de la fe. La misma escasez de clero obliga a tomar conciencia de la corresponsabilidad eclesial de todos. Precisamente, en este clima surgen las comunidades eclesiales de base. Estos laicos

21. R. Muñoz, "Experiencia popular de Dios y de la Iglesia", en J. Comblin, J. I. González Faus y J. Sobrino, *Cambio social y pensamiento cristiano en América Latina*, op. cit., pp. 161-179.

22. S. Martínez, "Eclesiología y fe. Las comunidades eclesiales de base y un nuevo modelo de Iglesia", Amerindia.

comprometidos con la Iglesia, con una Iglesia liberadora y defensora de la justicia, también serán reprimidos y martirizados.

Queremos destacar de manera especial la importante presencia de la mujer en este proceso y en este caminar de la Iglesia latinoamericana: mujeres catequistas y agentes pastorales, animadoras de comunidades de base, compañeras comprometidas en la lucha contra la injusticia, la dictadura y los abusos militares, defensoras de los derechos humanos, mujeres mineras, campesinas, indígenas, muchas de ellas violadas, torturadas y martirizadas por el reino y su justicia. Estas mujeres reflejan la dimensión femenina y materna del Espíritu, de la *Ruah* creadora y vivificadora, liberadora y madre de los pobres.

Así, pues, hay un resurgir de algo nuevo a nivel social y eclesial, en la América Latina de estos años. Ante esta nueva realidad cabe preguntarse de dónde surge esta nueva fuerza y vitalidad.

A esta nueva disposición de los pastores y de los laicos se añade una clara toma de conciencia de la vida religiosa de su dimensión no solo carismática, sino también profética. La pobreza y la explotación del pueblo golpean duramente la conciencia de religiosos y religiosas, cuyos carismas históricos originarios, en su gran mayoría, nacieron para ayudar y promocionar a los sectores pobres. Pero con el tiempo, se concentraron en la educación y la salud de los sectores burgueses y la misma vida religiosa se fue aburguesando, en cuanto al nivel de vida, edificios, economía, tierras, etc.

Medellín insiste en que los religiosos den testimonio de la pobreza de Cristo, que formen pequeñas comunidades, encarnadas realmente en los ambientes pobres, que compartan sus bienes con los más necesitados, que pongan al servicio de la comunidad humana sus edificios y los instrumentos de sus obras, que distingan lo que toca a la comunidad de lo que pertenece a sus obras, etc.²³.

La vida religiosa a partir de Medellín, impulsada por la Confederación Latinoamericana de la Vida Religiosa (CLAR), nacida en 1959, emprendió la gran aventura de la inserción de la vida religiosa, en medio del pueblo pobre. Grupos pequeños, pero significativos, mayormente de religiosas, iniciaron un éxodo del centro de las ciudades a los barrios pobres periféricos de las ciudades, al campo, entre indígenas y afroamericanos, mineros, campesinos, pescadores, etc. El éxodo no es solo geográfico, sino también social, cultural y religioso, evangélico. Estas religiosas tuvieron una nueva experiencia espiritual de su vocación y del seguimiento de Jesús de Nazaret.

Aquí interesa destacar la audacia y la valentía de estas personas, que dejaron atrás una tradición y comenzaron un camino nuevo realmente evangélico y profético, lleno de riesgos y desafíos. Los pobres las evangelizaron y así surgió

23. Medellín, *Pobreza de la Iglesia*, 14, 16.

un estilo nuevo y diferente de vida religiosa, mucho más cercano al evangelio y a los carismas originales. ¿De dónde sacaron fuerza estas comunidades para insertarse en ambientes sociales, culturales y religiosos tan nuevos y arriesgados, con alegría e ilusión? ¿Quién les dio ánimo para enfrentar dificultades internas y externas, para soportar críticas de los sectores más conservadores de la sociedad y de la misma Iglesia, para mantenerse firmes en medio de la represión policial y del mismo martirio?

El martirio ha sido la consecuencia de este compromiso por la justicia y por los pobres y del enfrentamiento con las estructuras de pecado e injusticia. La Escuela de las Américas, en la Zona del Canal de Panamá, la doctrina de la seguridad nacional, que justificaba la eliminación de los “disidentes” del pensamiento único, el fantasma del marxismo y del comunismo como algo que había que erradicar, los intereses económicos de los grandes consorcios internacionales, aliados a los gobiernos militares y policiales, todo ello desemboca en el martirio de obreros, sindicalistas, campesinos, universitarios, indígenas, miembros de comunidades eclesiales de base, agentes de pastoral, sacerdotes, religiosos y religiosas, e incluso obispos.

No es la primera vez que la Iglesia sufre el martirio, pero la novedad de los martirios de América Latina y el Caribe consiste en que los dictadores —militares, asesinos y torturadores— son cristianos, miembros de la Iglesia, que matan para defender la civilización cristiana occidental. Esto ha hecho que amplios sectores de la Iglesia y de la sociedad no considerasen estos asesinatos como martirios cristianos, sino como muertes políticas. Más aún, muchos de ellos, antes de ser martirizados por los poderes civiles, sufrieron persecución por parte de las autoridades eclesiásticas, lo cual fue para ellos causa de un gran sufrimiento interior.

Evidentemente, estos mártires no murieron por defender los dogmas cristianos, sino por defender la justicia, los derechos humanos, la libertad y la vida. Son mártires por el reino, como Jesús, que fue asesinado por los dirigentes religiosos de su tiempo, que lo consideraron blasfemo. Los mártires latinoamericanos son mártires “jesuánicos” (J. Sobrino), esto es, participan de la pasión y la cruz de Jesús, forman parte del pueblo crucificado y son la actualización de Siervo de Yahvé, que carga con el pecado del pueblo. Son los bienaventurados perseguidos por causa de la justicia (Mt 5,10).

Algunos de ellos fueron personas activamente comprometidas con la justicia, pero otros fueron martirizados en las masacres de campesinos e indígenas. Estos últimos son mártires como “los santos inocentes”, víctimas del odio al pueblo pobre e indefenso.

¿Quién dio fuerza y valentía para soportar estos martirios a obispos como Romero y Angelleli, a teólogos como Ellacuría en El Salvador, a Luis Espinal

en Bolivia; a Ita Ford, Dorothy Kazel, Jean Donovan y Maura Clarke, hermanas de Maryknoll, asesinadas en El Salvador; a la religiosa francesa Alice Domon, torturada en Argentina; a la hermana Dorothy Stang, asesinada por defender a los indígenas, mientras leía las bienaventuranzas; a los indígenas cruelmente masacrados en Guatemala, a los jóvenes encerrados en el estadio de Santiago de Chile, a los mártires de Brasil, de Colombia, de Centroamérica, del Cono Sur, de México, del Caribe...? ¿Quién consuela a estas madres que ven cómo sus hijos concebidos en prisión les son arrebatados y entregados a los militares? ¿Quién da esperanza a tantos familiares desaparecidos? ¿Quién ha dado fuerza a tantos familiares y amigos de los asesinados, para seguir adelante, para tener hijos, para esperar un mañana mejor, para seguir luchando?

No hay otra respuesta que recurrir al Espíritu del Señor, que no solo da palabras a los perseguidos ante sus jueces, sino que los conforta y los anima y luego da esperanza pascual al pueblo pobre para seguir caminando adelante.

El movimiento pentecostal, tanto católico (la llamada renovación carismática) como evangélico, se desarrolla con mucha fuerza en América Latina y el Caribe. Para algunos autores, es el mayor movimiento religioso desde la Reforma.

Las iglesias protestantes históricas también han adoptado el pentecostalismo y conquistan a millones de seguidores, ya que se propagan en el mundo popular, en las periferias de las grandes ciudades. Su orientación depende mucho de su origen norteamericano, fundamentalistas en lo doctrinal e indiferentes en lo político, pero sus pastores son autóctonos y son iglesias que se sostienen económicamente gracias al diezmo de los fieles. A veces colaboran con los movimientos populares, en las luchas sindicales y políticas. Los más pobres entre los pobres acuden no a las comunidades de base, sino a los grupos pentecostales.

Los movimientos carismáticos católicos se extendieron entre las clases medias y en ellas han prosperado. Son más impenetrables que los pentecostales para lo social y lo político, aunque últimamente ha habido algunos avances.

Este redescubrimiento del Espíritu no deja de interpelarnos. Aun con sus ambigüedades, es un clamor para que las iglesias cristianas históricas vuelvan al Espíritu²⁴. Esta serie de acontecimientos pneumáticos nos ofrece un material abundante para una reflexión pneumatológica desde América Latina y el Caribe.

3. Líneas de fuerza de la pneumatología

Indudablemente, lo ocurrido en América Latina, en las décadas de 1970, 1980 y 1990, interesa a historiadores, economistas, sociólogos y politólogos, así como también a los fenomenólogos de lo religioso. Pero nosotros queremos acceder a

24. J. Comblin, "Espíritu Santo", *op. cit.*, pp. 620-621; C. Salvatierra, "Católicos y pentecostales", Equipo Ilamis, *Urbes*, pp. 185-224 (Cochabamba, 2013).

ello como teólogos, desde la fe, como un claro signo de los tiempos, como un verdadero lugar teológico, donde se nos manifiesta y expresa el misterio de Dios, su Palabra, como un *kairós* para elaborar una pneumatología latinoamericana y caribeña que, como dice Comblin, “solo puede proceder de la praxis de un pueblo libre”²⁵.

Discernimos con claridad que en estos años, el Espíritu Santo no ha actuado desde arriba, ni desde el poder, ni desde el centro político o eclesial, sino que ha actuado desde abajo, desde el clamor de los pobres, desde el revés de la historia, desde el abismo y desde el *de profundis* de la historia, desde los excluidos y descartados, desde los que “no saben ni pueden”, desde los “nadies”, desde la impotencia, desde los últimos (*eschatoi*), desde los crucificados de la historia... Este es el Espíritu que da fuerza a los pobres, a los indígenas y los afroamericanos, a las mujeres, a los cristianos comprometidos por la justicia, a las comunidades eclesiales de base, a la vida religiosa inserta, a los mártires, a los movimientos pentecostales y carismáticos. Es el que anima al pueblo a luchar por la vida, en un conato agónico, a hacer fiesta, a comprar flores, a casarse y tener hijos, a no suicidarse colectivamente...

Y aunque en este proceso hay quienes han colaborado desde arriba, ha sido en función de los de abajo, a su servicio, por su causa, en su defensa y asumiendo su voz. Los obispos en Medellín y en Puebla discernieron este clamor y vieron en él la presencia del Espíritu. Los teólogos han visto un llamado a descubrir la presencia *kenótica* del Espíritu, en la base social y eclesial. “Desde abajo” no es un mero lugar geográfico o físico, sino que es un lugar teológico, evangélico, pascual, escatológico, que nos revela que el Señor quiere revertir el sentido de la historia desde los últimos, que son los predilectos del reino y sus primeros beneficiarios, son los bienaventurados.

A diferencia de otras teologías del Espíritu, reelaboradas en otros lugares desde la Trinidad inmanente, desde la jerarquía eclesiástica, desde la interioridad subjetiva de los místicos, la pneumatología latinoamericana y caribeña lo considera como el “Padre de los pobres”, que actúa desde abajo, desde la Trinidad económica.

La pregunta que surge entonces es si este “desde abajo” del Espíritu es una innovación moderna o tiene raíces bíblicas y se inserta en la mejor tradición de la Iglesia, aunque para muchos resulte algo novedoso.

3.1. Fundamentación bíblica

Sin ser exhaustivo, señalamos aquí algunos aspectos del Espíritu, que actúa desde abajo, según las Escrituras. El Espíritu es creador y dador de vida, la *Ruah*

25. J. Comblin, “Espíritu Santo”, *op. cit.*, p. 663.

hebrea, que engendra vida desde el caos inicial de la creación (*tohu wabohu*) (Gn 1,2). Es aliento de vida para el primer hombre formado de barro (Gn 2,7) y hace pasar de la muerte a la vida como en la visión simbólica del campo de huesos secos que resucitan (Ez 37,1-4).

Es el Espíritu que hace que mujeres estériles conciban, desde Sara (Gn 11,30) hasta Isabel, la madre de Juan bautista (Lc 1,7.25). Es el que fecunda el vientre de una joven desconocida y humilde de Nazaret para ser la madre del Mesías, Jesús (Lc 1,35).

Es el Espíritu que brota del costado traspasado de Jesús de Nazaret para engendrar una vida nueva (Jn 19,30.34), no ya la vida natural (*bios*), sino la divina (*zoe*) (Jn 10,10). Es el Espíritu que resucita a Jesús y a los bautizados en Cristo (Rm 8,11), el que libera a la creación de la esclavitud y de los dolores de parto (Rm 8,22-23) para que nazca una nueva tierra.

Es el Espíritu que habló por los profetas y las profetisas, que surgen sobre todo en momentos de crisis y caos de Israel para denunciar la injusticia y anunciar la esperanza de los tiempos mesiánicos (Is 28,5-6; Miq 3,8-10; Is 11,1-9; Ez 36,27-28; Jl 3,1). Este Espíritu de justicia es el que desciende sobre Jesús en el bautismo (Lc 3,21-22;) y lo unge para la misión de liberar a los cautivos y anunciar la buena nueva a los pobres (Lc 4,16-30), en la línea de Isaías 61. Es el Espíritu de Pentecostés, que desciende sobre un grupo de discípulos temerosos y cobardes para hacerlos heraldos del evangelio y para que nazca una comunidad eclesial con la alegría de compartir y la utopía de una sociedad sin pobres (Hch 2).

Es el Espíritu padre-madre de los pobres, de los pequeños y sencillos, a quienes han sido revelados los misterios del reino (Lc 10,21-22; Mt 11,25-27). Es el Espíritu que clamó a través de los israelitas en Egipto pidiendo liberación (Ex 4,3). Es el Espíritu que ilumina a Simeón y a Ana en el templo y los hace reconocer en el hijo de una pareja de pobres campesinos galileos al Salvador y a la luz de las naciones (Lc 2,22-28). Es el Espíritu que desde nuestra pobreza radical nos hace llamar a Dios *Abbá*, padre (Rm 8,15; Gal 4,6). Es el padre-madre de los pobres, el *goel* protector de los pobres, que no tienen quien los proteja.

En resumen, el Espíritu actúa en toda la historia de salvación, desde los marginados, desde abajo, desde la periferia, utilizando medios pobres y desproporcionados. Es una lógica contraria al racionalismo moderno, pero es la lógica del Magníficat de María, que canta la misericordia del Señor, una misericordia que se ejerce con los pequeños, los humildes y los hambrientos (Lc 2,46-55).

3.2. La tradición eclesial

Podemos preguntarnos ahora si en la tradición eclesial hay elementos para una pneumatología desde abajo. A pesar de la estrecha relación bíblica existente entre el Espíritu y el mundo de los pobres, el magisterio y la teología oficial tanto

de la Iglesia occidental como de la oriental, por lo general, no han vinculado al Espíritu con los pobres. Más bien, han elaborado una pneumatología desde arriba, aunque siempre se han preocupado por los pobres, han sido solidarios con ellos y han defendido la dignidad de la persona humana. El Espíritu y los pobres parecen realidades más paralelas que convergentes.

Concretando un poco más, los padres de la Iglesia, sobre todo los capadocios, se preocupan por defender la divinidad de Espíritu Santo, que, tal como sostiene el concilio de Constantinopla I (381), es digno del mismo honor y gloria que el Padre y el Hijo. Sin embargo, el Espíritu trinitario no se conecta con el mundo histórico de los pobres, aun cuando los padres estaban impresionados de la dimensión pneumática del monacato.

Ireneo habla de las dos manos del Padre, el Hijo y el Espíritu, con las cuales Dios nos crea y gobierna. Sin embargo, no alude a la dimensión del Espíritu desde abajo. Agustín considera al Espíritu como el lazo amoroso de unión entre el Padre y el Hijo, pero no articula una pneumatología desde abajo.

Tampoco el magisterio y la teología oficial de la cristiandad medieval elaboran una pneumatología desde abajo. Más bien, desarrollan la dimensión jerárquica, subjetiva y mística del Espíritu, a partir de sus siete dones, según Isaías 11,1-2. Sin embargo, no tienen en cuenta que Isaías 11 añade a los siete dones la preocupación por la justicia de los débiles, la defensa del derecho de los pobres, la crítica del opresor y la dimensión escatológica de una creación nueva, donde el niño jugará con la serpiente (11,3-9). Así, pues, pareciera que el Paráclito se reduce a ser el “dulce huésped del alma”, tal como canta uno de los himnos medievales.

La tradición oriental, mucho más sensible al Espíritu que la latina, elabora una pneumatología muy rica. De esa manera, acentúa sus dimensiones trinitarias, litúrgicas y escatológicas, pero con escasa incidencia histórica.

La tradición eclesial no se reduce al magisterio eclesiástico, ni a la teología oficial, sino que también cuenta con la dimensión profética. En ella descubrimos elementos de una pneumatología desde abajo, desde la base, desde el revés de la historia. El monacato, que la Iglesia contemporánea vio como una irrupción del Espíritu, por ser una crítica profética al constantinismo, inaugura una visión del Espíritu desde la periferia.

En esta misma línea se sitúan los movimientos laicales y mendicantes de los siglos XII y XIII, que vuelven claramente a Jesús de Nazaret y acentúan la pobreza y la cercanía a los pobres. La figura más simbólica es Francisco de Asís. Especialmente significativo es el aporte del monje calabrés Joaquín de Fiore (1136-1212), que, con su teoría del tercer reino del Espíritu, apuesta por su presencia e incidencia en la historia.

La Reforma, tanto católica como protestante, que quiere volver a las fuentes de la revelación, ha de considerarse como un movimiento del Espíritu, nacido desde abajo. En la tradición protestante se destaca la personalidad de Thomas Müntzer (1489-1525), que quiere unir la fe con la lucha contra la opresión social sufrida por los campesinos para preparar así el reino del Espíritu.

La primera evangelización de América Latina, pese a estar asociada al poder colonial y en un contexto tridentino, ofrece ejemplos de una evangelización profética, que defiende a los indígenas. Entre dichos ejemplos se encuentran los dominicos Antonio de Montesinos y Bartolomé de Las Casas, los doce franciscanos de México y las reducciones jesuíticas. Todo ello nos habla de un Espíritu que actúa desde la base, no desde el poder.

Tanto la revolución francesa del siglo XVIII como los movimientos de independencia latinoamericanos y caribeños del siglo XIX son fruto de un Espíritu que, desde abajo, suscita movimientos de igualdad, libertad, fraternidad y dignidad en la sociedad, los cuales no son bien vistos por la Iglesia oficial.

Más cercanos a nuestro tiempo, los movimientos bíblico, patrístico, litúrgico, ecuménico, social y pastoral de mitad del siglo XX, que entraron en conflicto con la Iglesia oficial (la encíclica *Humani generis* de Pío XII) y que prepararon el futuro Vaticano II, son fruto del Espíritu en la Iglesia. Su herencia fue recogida por Juan XXIII, otro hombre lleno del Espíritu, venido de la base social y eclesial, que convocó al concilio, movido por el Espíritu y deseo de que la Iglesia fuese de los pobres. Pese a ello, el Vaticano II no asumió ni formuló esta pneumatología desde abajo.

Habrá que esperar a Medellín para encontrar el filón bíblico y profético perdido de una pneumatología desde abajo. A la teología latinoamericana le corresponde tomar conciencia de ella.

4. Algunas consecuencias teológicas y pastorales

Llegamos a estas conclusiones a partir del discernimiento de la irrupción del Espíritu en América Latina y el Caribe, en el movimiento de liberación de los pobres de las décadas de 1970 y 1980. La pneumatología desde América Latina y el Caribe no nace de una especulación de laboratorio, sino desde la vida de la Iglesia y de la historia de la humanidad, desde la base.

La presencia constante del Espíritu, Señor y vivificador, Espíritu creador que llena el universo y que actúa desde dentro, se manifiesta de modo especial en momentos de caos, de crisis, de confusión y de aparente muerte física o social. El Espíritu se manifiesta desde estas realidades amenazantes y peligrosas para suscitar una vida en abundancia.

Esto es válido desde el *tohu wabohu* y el *big-bang* de los orígenes hasta los momentos de cambio histórico, las épocas de opresión social y también las noches oscuras eclesiales. El Espíritu siempre actúa desde el *de profundis* de la creación y desde el revés de la historia.

En este sentido, es una constante que el Espíritu actúa desde abajo, desde los que están en peligro, desde los pobres e insignificantes y siempre en función de ellos, para que tengan vida y vida en abundancia. A veces, el Espíritu utiliza otros medios e instrumentos no pobres para realizar su misión. Pero siempre es Espíritu liberador y profético.

Esto explica que cuando la historia de la humanidad y también la de la Iglesia recorren caminos contrarios al reino, el Espíritu suscita un polo profético en la sociedad y la Iglesia. De esa manera, despierta a líderes religiosos, profetas y profetisas, movimientos carismáticos, místicos, santos, artistas, poetas, movimientos sociales, políticos y culturales, que defienden los valores del reino de Dios. Esto pese a que muchas veces estas voces proféticas están mezcladas con el error y el pecado, producto de la fragilidad humana, es decir, con el espesor de la contingencia.

Precisamente, la constante ambigüedad de todo lo creatural y humano exige un continuo discernimiento para distinguir aquello que procede genuinamente del Espíritu de aquello que nace del pecado, la carne, la mentira y la limitación humana. Así, pues, hay que distinguir el trigo de la cizaña, auscultar y discernir los signos de los tiempos, tal como lo enseña toda la tradición espiritual.

El único criterio válido para discernir la presencia del Espíritu Santo en las personas, los grupos, los movimientos, las comunidades, las religiones y las culturas es la confrontación con la vida, la muerte y la resurrección de Jesús de Nazaret. En él se discernen los espíritus. Todo espíritu que niegue a Jesús, que se oponga a su proyecto de vida del reino, todo lo que lleve a la destrucción y a la muerte, sobre todo, de los más débiles y pobres, no es del Espíritu del Señor Jesús. Y al revés, todo lo que produzca alegría verdadera y vida, sobre todo, en los pobres, es del Espíritu Santo.

El motivo último de la centralidad de Jesús en el discernimiento estriba en el hecho de que las dos misiones del Padre, las “manos” del Hijo y del Espíritu, están en perfecta comunión e integración. El Espíritu conduce a Jesús y Jesús confiere el Espíritu. Ambas “manos” realizan el designio salvador del Padre, un único proyecto de salvación, el reino de filiación y de fraternidad universal. En este sentido, la *kénosis* del Espíritu está de acuerdo con la *kénosis* del Hijo. Ambos actúan desde abajo. Así, la acción del Espíritu desde abajo está en perfecta coherencia con la opción de Jesús por los pobres y los pequeños, con el designio del Padre de hacer de ellos los destinatarios privilegiados de la revelación de los misterios del reino.

El Espíritu realiza el misterio de la encarnación de Jesús, en el seno de una joven desconocida de un pueblo pobre de Galilea, llamado Nazaret. El Espíritu desciende sobre Jesús, en su bautismo en el Jordán, lo conduce al desierto y lo ilumina en la opción por un mesianismo pobre y humilde, nazareno y no davídico. Esta opción lo llevará a la cruz, pero también a la resurrección pascual, por obra también del Espíritu vivificador.

Por esto, la afirmación de Benedicto XVI, en *Aparecida* (2007), de que la opción por los pobres está implícita en nuestra fe cristológica (*Aparecida*, 392), podemos complementarla diciendo que la opción por los pobres está también implícita en nuestra fe pneumatológica.

Hay que criticar tanto el Cristo-monismo, tentación continua y herética de la Iglesia occidental, como el pneumato-monismo de los movimientos espiritualistas y entusiastas, desde los montanistas, los joaquinistas y *fraticelli*, hasta los pentecostalismos modernos, que tienen el riesgo de marginar la figura de Jesús y derivar en una gnosis.

Esto nos lleva a profundizar en el misterio trinitario. El Espíritu no es solo el vínculo amoroso de unión entre el Padre y el Hijo, ya que procede del Padre y del Hijo (*Filioque*), sino que también es el que está presente en la filiación del Hijo (*Spirituque*)²⁶. Por lo tanto, el orden (*taxis*) tradicional de “Padre-Hijo-Espíritu” se puede enriquecer con el orden de “Padre-Espíritu e Hijo”, en conformidad con la tradición patrística²⁷.

De hecho, la defensa del *Filioque* se asocia en santo Tomás con la defensa del papado. Según él, el error de quienes niegan que el Vicario de Cristo, Pontífice de la Iglesia romana, posea el primado de la Iglesia universal, es semejante al error de los que afirman que el Espíritu no procede del Hijo²⁸. Es decir, el Vicario de Cristo se constituye en causa instrumental de la donación del Espíritu en la Iglesia, esto es, el Espíritu nos llega desde arriba de la Iglesia jerárquica.

En cambio, la pneumatología desde abajo, que asume el *Spirituque*, comprende que el Espíritu precede a toda cristofanía, según sostienen los orientales, o en formulación de Rahner, el Espíritu es la causa eficiente del acontecimiento crístico, pero Cristo es la causa final de la acción del Espíritu²⁹.

Esto no es mera especulación, sino consecuencia de la acción y de la presencia del Espíritu en la acción salvífica (*economía*). Jesús nace de María virgen por obra del Espíritu Santo y es resucitado por el Espíritu del Padre. Todo ello refleja

26. P. Evdokimov, *Présence de l'Esprit Saint dans la tradition orthodoxe*, p. 71 (París, 1977).

27. B. Bobrinskoy, *El misterio de la Trinidad*, pp. 83-88 (Salamanca, 2008).

28. T. de Aquino, “*Contra errores graecorum*”, *Opera omnia* 15, 256 (Parma).

29. K. Rahner, *Curso fundamental de la fe*, pp. 369-371 (Barcelona, 1979).

el misterio de la vida trinitaria (la *teología* o Trinidad immanente), en una misteriosa comunión de las personas divinas (*pericoreosis*).

De lo cual se deduce que, partiendo de los pobres como lugar teológico, no solo se comprende la opción de Jesús por ellos y la acción del Espíritu desde abajo, sino que también se entiende el misterio del Padre, cuya omnipotencia reside en su vaciamiento amoroso, en su entrega hacia fuera, en su clemencia y misericordia, en sus entrañas maternas, que se conmueven ante los dolores y el sufrimiento de sus hijos. Si el Espíritu es el Padre de los pobres, es porque el Padre es el Padre pobre y de los pobres. Esto rompe la lógica mundana centrada en la prepotencia de los poderosos y de los grandes de la tierra. Dios nunca es un Dios sin nosotros, muy concretamente, nunca es un Dios sin los pobres de la tierra.

Hay que partir de la experiencia espiritual de Cristo en los pobres, de la mistagogía, antes de iniciar la evangelización del kerigma y, por supuesto, antes de la catequesis y de la teología. Esta experiencia espiritual, que muchas veces nace del contacto con los pobres, lleva necesariamente a la opción por los pobres. La mística se convierte en profecía y en una praxis liberadora. No se puede hablar de Cristo sin hablar de los pobres (Aparecida, 393). Hay que tomar en serio que a los pobres les han sido revelados los misterios del reino y partir del potencial evangelizador de los pobres.

Así surgirá una teología más narrativa que dogmática y racional, más simbólica, contemplativa y cósmica que dialéctica; una cristología de Jesús de Nazaret, ungido por el Espíritu; una Iglesia nazarena pobre y desde los pobres, en continuidad con el Espíritu de Jesús, que camina conjuntamente con otros hacia el reino, por la fuerza del Espíritu; una sacramentología a partir de los sacramentales (los sacramentos de los pobres) y de la fe del pueblo (*fides qua*), como base para la fe del credo (*fides quae*).

El desde abajo del Espíritu se abre a los diferentes y a los diversos, al género y a las diversas configuraciones sexuales, a las diferentes edades, a las diversas culturas y religiones. Por lo tanto, implica el diálogo entre las religiones, las culturas, los sexos y las edades. Es Espíritu de Pentecostés, contrario a Babel, porque es el Espíritu de la pluralidad de lenguas y de la diversidad multiforme de carismas. Un Espíritu siempre novedoso, que siempre llega antes que los misioneros.

Esta pneumatología desde abajo está implicada en lo cósmico, en llevar a término la creación que comenzó con el viento del Espíritu, en llegar a la constitución de los nuevos cielos y la nueva tierra, en liberar a la tierra de la esclavitud, en transfigurarlo todo en Cristo.

Y no en último lugar, esta pneumatología desde abajo, profética y liberadora, tiene consecuencias eclesiológicas, que implican una nueva imagen y un nuevo estilo de Iglesia, pobre y de los pobres, solidaria, sinodal, descentralizada, que

sana heridas, que sale a las fronteras, que huele a oveja, que cuida de la creación, que no tiene miedo de la ternura, que vive el gozo y la alegría del evangelio, que respeta todo lo positivo que hay en las culturas y las religiones, que respeta las conciencias y que no tiene miedo a la novedad del Espíritu.

Finalmente, el Espíritu, al hacer memoria continuamente de Jesús de Nazaret, nos prepara para la segunda venida del Señor, nos abre a una continua novedad, al dinamismo y al fuego interior, a la transfiguración de las personas, los grupos, las sociedades y el cosmos. Estamos en tiempo de adviento, preparando siempre la venida del Señor, de un Señor que viene continuamente, viene cada día, hasta que llegue la escatología final.

Unos versos del obispo poeta y profeta Pedro Casaldáliga pueden resumir lo que hemos expresado en la pneumatología latinoamericana:

El Espíritu
ha decidido
administrar
el octavo sacramento
¡la voz del pueblo!³⁰

30. P. Casaldáliga, *Cantares de la entera libertad*, p. 73 (Managua, 1984).